

Evaluación de la experiencia de voluntariado Angola, 2018

Soy Natalia Basaldua voluntaria del norte de España-Vitoria

Un año más, he tenido la gran suerte de poder pasar mis vacaciones en Cahala-Malaje con las niñas del Lar Nossa Senhora das Mercês.

Ha sido el noveno año consecutivo que realizo la experiencia y sigo sintiendo, emocionándome, vibrando desde el primer día hasta el último, como si fuese la primera vez (aunque desde otra calma y otra madurez) con el paisaje verde, con el árbol de la mucua (imbondeiro), con los mercados a pie de carretera, con los niños y niñas caminando con sus batas blancas a la escuela, con las mamás con sus azadas y sus “bañeras” en la cabeza caminando a la labra, muchas veces descalzas con unos pies curtidos por el trabajo duro durante muchos años, con los kms y kms de campo salpicados por pequeños barrios, donde las condiciones de vida son más difíciles, donde ondean orgullosos la bandera angolana.

Tras un largo recorrido en coche por unas carreteras en obras con muchos baches y a ratos sin asfaltar, en el que se puede visibilizar el futuro de inversión y mejoras que facilitará el día a día de algunas personas, llegamos a Malange para comenzar el trabajo en el lar.

Año tras año, es agradable ver como las niñas van creciendo no sólo en lo físico, sino interiormente como personas en lo humano, en su preparación para el día de mañana cuando salgan de nuestra casa y fortaleciendo los lazos que existen entre ellas, que forman una gran familia.

En la actualidad hay 42 niñas comprendidas entre los 3 y los 18 años; en el tiempo que he estado ha llegado una niña nueva, Teté, y ha sido todo un ejemplo ver la acogida que le han dado las niñas y las atenciones prestadas para que se integrase.

El día a día en la casa es muy intenso y aunque hay poco tiempo de reposo, se avanza lentamente dando la sensación que no se llega a todo lo que uno quiere.

El objetivo más importante es acompañar a las niñas en los diferentes procesos y situaciones que viven, a la vez que realizo actividades de tiempo libre y diferentes talleres con diversos objetivos de aprendizaje y para que tengan un espacio de juego y diversión como niñas que son.

También he realizado varias formaciones con ellas en **“Valores”, “Higiene y salud” y “Familia y convivencia”**,...

Se ha acompañado en las tareas de la escuela y en las tareas diarias de la casa: cocina, limpieza, huerta y jardín.

Además, he tratado de vivir en comunidad y servir un poco de respiro a la misma, colaborando en las diferentes tareas a desarrollar.

Pienso que soy afortunada por haber podido tener esta experiencia un año más en la que, aunque hay mucha alegría y satisfacción y muchas sonrisas y abrazos de por medio, también hay momentos difíciles que hay que afrontar.

En una casa con 42 niñas, con unas historias y vivencias personales tan intensas (a pesar de la corta edad que tienen muchas), es necesario encontrar momentos de escucha, compartir, orientar, sin dejar que el corre-corre del día a día no nos deje ver la situación de cada niña.

Un mes se resume en estudiar, jugar, comprar, pasear, cocinar, reír, bailar, rezar, acompañar, sintiendo que ha sido mucho y mirando un futuro cercano en el que queda mucho por hacer.

Aunque este viaje ha sido de cinco semanas yo diría que es un viaje continuo porque esté aquí o allí estoy pensando en ellas, acompañando en la medida de las posibilidades y pensando en como será la próxima experiencia,.. ¿Qué hacer?, ¿Qué mejorar?... (No hay un inicio y final del viaje).

Nuestras niñas son afortunadas por las condiciones en que viven, en relación a su entorno (realidad que cambia solo con cruzar la puerta de nuestro quintal).

Considero que he tenido suerte por tener desde pequeña las necesidades básicas cubiertas, por poder estudiar, viajar, elegir que quiero hacer con mi vida, por tener oportunidades,...y esta experiencia nació como muestra de agradecimiento.

Yo cambiaré en alguna medida el día a día de las niñas, pero, lo que tengo claro, es que ellas cambian mi vida.

¡Gracias!

¡Gracias!